

Las pequeñas cosas

Artículo de Padre Thierry de Roucy, Revista DPCAO N° 29, diciembre de 1999

(...) Hoy en día sólo las grandes acciones, las proezas, los records se valoran. De todo lo que está escondido, humilde, pequeño se huye como una pérdida de tiempo, como algo degradante, incluso deshumanizante. Se ha olvidado el valor de Nazaret. Se compran máquinas que laven por nosotros... platos ya cocinados para nuestras comidas...

Esta devaluación de gestos simples -tender su cama, planchar bien su ropa, ordenar sus cosas, hacer la limpieza, lustrar sus zapatos...- está ligada, en nuestro mundo, a una cruel pérdida de esperanza. Se dice que no tiene sentido hacer estas cosas todos los días y, de hecho, poco a poco llegamos por ello a perder el sentido de toda nuestra existencia. Estos mismos que las desprecian son quienes, pronto, no saben más dónde están. Y si añadido a esto, casi no tienen relaciones con los demás y viven en un gran aislamiento como al que nos lleva toda la civilización occidental, la idea del suicidio no tarda en llegar a sus mentes.

Para Dios es grande todo lo que está hecho por amor a Él y que es cumplido en su Hijo: barrer con amor es más grande que fundar repúblicas por soberbia. El tesoro que podemos ofrecer a Cristo y que nos abre el cielo está constituido por estas pequeñas cosas vividas en el amor:

«¿Seguimos el camino de los pequeños deberes monótonos de todos los días que podrían volverse dones más preciosos que los de los tres reyes magos? ¿Cuáles son estas pequeñas cosas? He aquí una pequeña lista: lavar los platos, clasificar, correr de una cita a la otra, atender al teléfono y al timbre de la casa, recibir gente mal educadas o penosas, enfrentarse con situaciones desesperadas en las escuelas o en los centros de catequesis.

Y, sin embargo, todas estas acciones podrían volverse una cascada de piedras preciosas, de oro pesado para llevar, de granos de incienso que cubrirán la tierra»¹.

Lo que podría parecer una evidencia, y muchas veces lo es todavía en los países más pobres, está lejos de serlo para muchos de nosotros. Es necesario que se nos lo repita sin cesar como se deben también repetir sin cesar las Bienaventuranzas. Es que estamos lejos de ser aún establecidos en la lógica de Dios, en las costumbres de Dios... Juzgamos según criterios que están a la inversa de los suyos. Siempre tenemos la tentación de edificar una torre de Babel cuando Dios nos pide lavar las papas. Catherine de Hueck a menudo tenía la angustia de que sus hijos pasen al lado de esta realidad:

«Esta noche, me dormí alrededor de las cuatro de la mañana. Pero antes, un triste y lúgubre refrán correteaba en mi cabeza: “Señor, cuándo terminarán entendiéndome que compartir tu vida es también apagar la luz, cuidar su ropa... que es reconocer el sentido profundo de cada acción”. Y me dormí escuchando este refrán. Estos últimos tiempos reflexioné mucho sobre nuestra vocación. Me parece que Nazaret es el pequeño pueblo escondido donde tenemos que ir a vivir con la Sagrada

¹ Catherine de HUECK, *Mes bien-aimés*, éditions du Serviteur, Ourscamp 2001, Carta del 16 de diciembre de 1959.

*Familia para ser sanados. Es allí donde haremos el aprendizaje de estas pequeñas cosas de las cuales no cesamos de repetir que hay que hacerlas perfectamente por amor a Dios».*²

Este secreto transfigura la vida común, la nuestra, y la vuelve particularmente fecunda:

*«¿No ven que la esencia de nuestra vocación consiste en realizar el vínculo entre una vida ordinaria y que parece insípida por la repetición de pequeñas cosas y Dios que es Amor? Entonces el aburrimiento desaparece y una jornada entera pasada clasificando botones se vuelve magnífica. Si ustedes la pasan frente a su máquina de escribir, la espalda dolorida y la mente empañada por el cansancio, es una jornada que contribuyó al rescate de numerosas almas. De las cuales sólo Dios conoce el número. Debemos ser conscientes de esto para ver en ello esta relación. De lo contrario, es una jornada perdida y... ¿no es trágico pensar que el tiempo, este don de Dios tan precioso, fue malgastado?»*³

Mejor aún, parece que toda acción hecha en comunión con Dios nos liga íntimamente a Él, que en cierto sentido nos instala en una especie de oración continua que nos vuelve, en todo momento, transparentes de su presencia:

«Toda nuestra vida, que arrojamos a los pies de Dios mientras cantamos, es solamente una “cosa muy pequeña”. Pero cada una tuviera que estar hecha a la perfección y totalmente ligada a Dios. Sino, pierde todo interés, no tiene más sentido ni razón de ser.

Esto otorga una gran libertad. Es inútil que se esfuercen por sonreír haciendo las pequeñas cosas; el sólo hecho de que su corazón se regocije por ellas brillará en su comportamiento, iluminará su mirada. (...)

*¿Cómo podrían vivir una verdadera vocación sin brindar a Dios cada uno de sus gestos e incluso su propia respiración? Esta vocación no es suya si no son capaces de pensar en recoger lo que ustedes o los demás han dejado tirado, para aliviar el trabajo de sus hermanos; si no prestan atención a las lámparas que están encendidas inútilmente; si no se involucran enteramente, con el corazón, el alma, el espíritu en todo lo que hacen. Tienen que irse a otro lugar pero, donde estén, seguro que tendrán pequeñas cosas para hacer. Intenten hacerlas con amor y verán la diferencia. Nuestra vocación consiste en hacer las pequeñas cosas poniendo en ellas todo nuestro corazón»*⁴.

¿Vivir Puntos Corazón no significaría acaso finalmente estar únicamente presentes junto a las personas, sino también a las cosas, a las pequeñas cosas, a las pequeñísimas cosas...?

Sara, PC Nápoles



² Idem, Carta del 14 de enero 1960.

³ Idem.

⁴ Idem, Carta del 3 de octubre 1962.